

RICARDO CARBALLO CALERO

SOBRE LA POESÍA DE LUIS PIMENTEL

1

Con el nombre de Luis Pimentel se conocía en Lugo, y en el mundo literario en que se movía, a Luis Benigno Vázquez Fernández, nacido en aquella ciudad el 18 de diciembre de 1895 y fallecido en la misma capital de provincia el 13 de febrero de 1958. Pimentel era el segundo apellido de su abuelo materno. Luis Pimentel hizo en su ciudad natal los estudios de Bachillerato, que terminó el año 1914, fecha en que inicia en la Universidad de Santiago de Compostela sus estudios de Medicina. Los terminó en 1922. Siguió luego en Madrid estudios de especialización y doctorado.

Pimentel, terminados estos estudios, vivió siempre en Lugo. Como Sócrates de su Atenas, como Kant de su Königsberg, Pimentel gustaba de su Lugo. Para sus amigos, fue el poeta de Lugo, y quiso vivir y morir en su ciudad natal. Rara vez se alejó de ella, como rara vez Sócrates se alejó de Atenas, o Kant de Königsberg. Desde su balcón del piso primero de la casa número 16 de la Plaza Mayor, Pimentel registraba los latidos del corazón de la ciudad. Era como el *genius loci* literario de la ciudad amurallada. Por supuesto, contemplado con la perspectiva de sus amigos, de los más selectos intelectualmente entre sus amigos. Pimentel fue un poeta popular dentro de un círculo escogido, si vale la paradoja.

2

Durante su vida sólo se publicó una pequeña colección de versos suyos: *Triscos*¹. Después de su muerte aparecieron dos libros más: *Sombra do aire na herba*² y *Barco sin luces*³. El primero de éstos contiene *Triscos* y todos los poemas entonces disponibles que se conservaban en versión gallega —fuesen originales o traducidos—; el segundo contiene poemas en castellano, los dobles gallegos de

¹ Luis Pimentel, *Triscos*, Pontevedra, 1950.

² Luis Pimentel, *Sombra do aire na herba*, Vigo, 1959.

³ Luis Pimentel, *Barco sin luces*, Lugo, 1960.

algunos de los cuales figuran en el libro anterior. Hubo una versión al gallego de los originales de *Barco sin luces* que estuvo a punto de imprimirse antes de la guerra civil española. Se conservan manuscritos los textos que integraban aquella traducción. Son autógrafos del traductor, y los originales del texto mecanografiado que iba a servir de base a la impresión, según creo.

3

Hoy, publicada la mayor parte de la obra poética de Pimentel⁴, cabe estudiarla con objetividad. En vida del poeta, esto apenas era posible. Durante mucho tiempo, de Pimentel sólo podían leerse algunos poemas publicados en revistas.

El propósito de estas notas es sólo una caracterización general del metal de la voz de este fino poeta provinciano.

4

Los comienzos de la carrera literaria de Pimentel están, como toda su vida, estrechamente relacionados con Lugo. Aparecieron sus primeros textos en la revista *Ronsel*, que el año 1924, bajo la rúbrica «revista de arte», salió a la luz en aquella ciudad. Eran sus directores Evaristo Correa Calderón y Álvaro Cebreiro; secretario de redacción, Álvaro Gil, y redactores Francisco Luis Bernárdez (Vigo), Eugenio Montes (Orense), Manuel Antonio (Santiago), Jesús Bal (Madrid), Luis V. Fernández Pimentel (Lugo), Fernández Mazas (Pontevedra), Jesús Carracedo (Nueva York), Domingo Carvallo (Lugo), Santiago Bonhome (Santiago). Casi todos estos nombres suenan hoy —los de los vivos y los de los muertos— en el ágora de la cultura hispánica o en el foro de la cultura gallega.

En esta revista hay trabajos en castellano y en gallego. Estos últimos son de Noriega Varela, Manuel Antonio, Victoriano Taibo, Evaristo Correa, Juan Vicente Viqueira, Gonzalo López Abente y Antonio Villar Ponte.

De Luis V. Fernández Pimentel hay en *Ronsel* cuatro poemas en verso y tres poemas en prosa, todos en castellano. Ninguno fue recogido en los libros anteriormente mencionados⁵.

Aunque el Luis V. Fernández Pimentel que podemos estudiar en *Ronsel*, y que anunciaba la publicación de un libro titulado *Poemillas*, no es todavía el Luis Pimentel de *Barco sin luces*, los versos y las prosas que por entonces alumbraba, merecen la atención de los que se interesan por la provincia gallega de la poesía española. Acusan una voz aún vacilante e indecisa, pero de un fino metal, y son dignos de reimprimirse, con otros inéditos o dispersos, para que se pueda perfilar mejor, en su perspectiva histórica, la figura del poeta de Lugo.

⁴ Restan muchos borradores de poemas, algunos poemas manuscritos o mecanografiados completos, y numerosas variantes de textos ya publicados. También algunos esbozos dramáticos. Todo en castellano, salvo alguna rara excepción, que no sabemos si es original o versión gallega ajena de un original castellano. Hay algún texto autógrafo en gallego de Pimentel con correcciones léxicas de uno de sus amigos. Este material está siendo estudiado y preparado para la publicación por doña Araceli Herrero Figueroa.

⁵ Los poemas en verso son los titulados “Mi pequeño deseo”, “Intermedio local”, “En tus ojos” y “Amanecer”. Los poemas en prosa se titulan, respectivamente, “Mfo”, “Paseos” y “Mañana”.

El mejor homenaje que podemos rendir a un muerto consiste en evocarlo tal como fue en vida. No como nosotros hubiéramos querido que fuese, pues eso es, en una u otra forma, egoísmo; sino como él realmente fue y quiso ser, pues eso es respeto al prójimo, fidelidad a la verdad y humildad ante la realidad. Piedad y cordura. Luis Pimentel dejó una obra. Luis Pimentel habló algunas veces acerca de su obra. Conservamos sus versos y sus declaraciones, y unos y otras —para los que no le hayan conocido personalmente— dicen lo bastante sobre su personalidad. Y eso que dicen es su propia voz, que debe prevalecer respecto de las discordantes voces ajenas que contradictoriamente lo caracterizan. Como ya he dicho, Pimentel era un poeta muy poco conocido, y, al mismo tiempo, y paradójicamente, muy prestigioso. El grato recuerdo de unos pocos y finos versos leídos no se recuerda dónde, el sainete del misterio, la alabanza tenaz en los labios de algunos conocedores del poeta cuyas opiniones formaban opinión, hicieron casi general entre los aficionados a la poesía, la postura admirativa hacia la poesía de Pimentel. Cuán poco fundada en familiaridad con su obra era esta postura, lo denuncian los errores de definición que pulularon a la muerte del poeta, en los artículos necrológicos que se le dedicaron. Un distinguido escritor nos habla de un muchacho que abandonó su primer instrumento lingüístico, en una especie de conversión idiomática ⁶. Pero este muchacho no es Pimentel, que, mayor de sesenta años, menos de dos antes de morir, formula unas declaraciones, ajustadas a la realidad, nada conformes con aquella inexacta pintura de los hechos ⁷. ¿Y quién

⁶ “Empezó Pimentel su carrera escribiendo en castellano... Su poesía estaba formulada en el idioma de Castilla... Pero Pimentel estaba reservado para triunfar por otras vías. Su verdadero destino poético va a cumplirse el día en que, abandonando el uso de una lengua, recibida como don cultural magnífico pero extraño, se abrazó con alma y vida al idioma que le corría por las venas, a ese maravilloso verbo que después de haber florecido... en la inigualada poesía... de los cancioneros portugalicos, se refugió... en el oscuro corazón de un pueblo... para resurgir finalmente en... Rosalía... Pondal... Curros... De manera, pues, que así como otros dan todos sus bienes a los pobres con el fin de ofrecer en sus corazones más espacio al bien absoluto, así aquel muchacho lleno de posibilidades entregó su porvenir a los vientos del más alegre sacrificio para correr la aventura que su solar natal le estaba dictando desde dentro. Gesto de abnegación que el cielo le pagó con creces al concederle la honra de ser, no un buen poeta más, sino un poeta que además de excelentísimo, era la viva encarnación de un instante feliz en la tradición cultural de su rincón entrañable, vale decir, de Galicia, de esa Galicia que a través de él y de su arte, añadía un dorado eslabón a la tierna cadena de su emoción y de su canto” (Francisco Luis Bernárdez, “Figura de Luis Pimentel”, en *El Nacional*, Caracas, 15 de octubre de 1959).

⁷ “—¿En qué idioma le gusta más escribir, en gallego o en castellano? —En castellano” (Al. Dear, “La quiniela del aficionado. Don Luis Pimentel”, en *El Progreso*, núm. 15.040, Lugo, 9 de diciembre de 1955, pág. 4).

“Pimentel piensa que le gustaría conocer en castellano lo que tienen que decir los poetas gallegos de hoy... —Me gustaría hacer, por encima de todo, teatro. Teatro gallego, sobre temas gallegos, en castellano” (Armesto, “Ayer con... Luis Pimentel”, en *El Progreso*, Lugo, 21 de marzo de 1956, pág. 2).

Cfr. Ramón González Alegre, “Recuerdo de la obra de Luis Pimentel”, en *El Progreso*, Lugo, 6 de septiembre de 1959: “Luis Pimentel apenas ha escrito versos en idioma de Galicia. Tengo tres cartas de él, claras, terminantes, rotundas, dispuestas a ofrecerlas a la luz pública cuando hiciere falta, en las que declara que muy pocos versos escribió en gallego porque desconocía el idioma.”

La realidad es que Pimentel escribió un cierto número de poemas en gallego, el léxico de algunos de los cuales fue corregido por un experto; y hasta cuatro personas tradujeron anónimamente poemas de Pimentel, originariamente castellanos, al gallego. Estas traducciones fueron tenidas por los no avisados como originales. Sin embargo, por razones filológicas, el

es ese poeta de vanguardia, que a pesar de su edad se sitúa entre las generaciones de nuestra postguerra, alineado con los gastadores de las promociones jóvenes? No Pimentel, cuyo sentimentalismo, cuyo provincianismo, cuyo aristocratismo son de estirpe romántica y simbolista. ¿Acaso debemos, los que leímos y tratamos a Pimentel, reconocerle en ese poeta social, comprometido, que nos ha sido insinuado? No podemos, pues su vida y su obra fueron las de un intimista, atento con nerviosa ansiedad a los latidos de su propio corazón, encerrado en su marfileno refugio y cultivando las más exquisitas flores de la espiritualidad esteticista.

No. Una cosa es que una parte de los poemas de Pimentel hayan sido escritos o publicados en gallego, y otra cosa que nuestro poeta haya abandonado nunca el cultivo del castellano. Una cosa es que Pimentel haya derramado su lirismo sobre los muertos que la violencia de los hombres en guerra fue dejando en las cunetas de la historia, y otra cosa es que se le considere alistado en la literatura comprometida. Por su solución de los problemas lingüísticos, temáticos y estilísticos que la circunstancia le planteaba, nuestro lírico puede considerarse situado en una línea paralela a la de los miembros de la llamada escuela angloirlandesa de poesía.

6

El primer poema datado de Pimentel es de 1918, aunque no lo hemos visto publicado hasta 1924, en la revista *Ronsel*⁸. Es un poema de versos no medidos, pero sí rimados, indiscriminadamente asonantes y consonantes. Se titula «Mi pequeño deseo». Por lo que se refiere a la forma, se suma a la tendencia de los poetas creacionistas y ultraístas de entonces, que gustaban del pareado aritmético y asonante. Por lo que se refiere al contenido, expresa el anhelo de una felicidad conyugal, provinciana y modesta, ingenua y burguesa. Al registrar la aparente influencia de Francis Jammes, que fue siempre el poeta predilecto de Pimentel, subraya Celestino Fernández de la Vega⁹ el hecho de que hasta 1920 no se publica la traducción por Enrique Díez-Canedo de la colección titulada *Del toque de alba al toque de oración*¹⁰, libro de cabecera del poeta de Lugo. Pero Ramón Pérez de Ayala, desde los primeros años del siglo, había introducido en España la manera de Jammes, y en su «Epístola a Azorín», fechada en 1906, tiene un verso:

*Y los dos nos quitamos el pequeño sombrero*¹¹,

del que puede ser reminiscencia el de «Mi pequeño deseo»:

Y al pasar, el cura nos sacará el redondo sombrero,

tanto más cuanto que «sacará» está indudablemente empleado por «quitará».

que esté al tanto de nuestro movimiento literario, no sólo podría distinguirlas de los originales de Pimentel, sino distribuir las entre los cuatro traductores, todos los cuales, desde luego, conocían mejor que Pimentel el gallego literario.

⁸ «De mi Tagebuch. Mi pequeño deseo», núm. 3, pág. 19. Firma Luis V. F. Pimentel.

⁹ «Vida e poesía de Luis Pimentel», en *Sombra do aire na herba*, págs. 21 y sigs. Cfr. Fernando Cadaval, «... Y Laforgue en triste provincia», en *Vida Gallega*, núms. 762-763, septiembre-octubre de 1960, pág. 107.

¹⁰ Francis Jammes, *Del toque de alba al toque de oración*, versión de Enrique Díez-Canedo, Calpe, 1920.

¹¹ Ramón Pérez de Ayala, *El sendero andante*, Madrid, 1921, pág. 56.

Cuando se preguntó a Pimentel cuál era su poeta preferido, aquél respondió: «Ahora y siempre, Francis Jammes»¹². Pimentel amaba en el poeta de los Bajos Pirineos la transparente simplicidad, el cándido sentimentalismo, el sentido fresco e ingenuo de lo provinciano. Su frecuentación de Jammes se manifiesta hasta en la adaptación de títulos y temas. La «*Prière pour qu'un enfant ne meure pas*», que comienza con un «*Mon Dieu*» y termina con un «*pourquoi*», se refleja en la «*Oración para que no se muera un pájaro*», que se inicia con un «*Señor*» y concluye con un «*por qué*»¹³.

En este mundo de poetas escépticos, en que dice Eliot «la poesía no importaría, aunque en el fondo Rilke y Pimentel son tan distintos de Jammes como lo son entre ellos mismos. Jammes es un poeta verdaderamente geórgico, pero Pimentel está muy lejos de ser un poeta rural. Su temática es intimista, en un escenario urbano, de ciudad provinciana, adornado con todas las bellezas de la comoda doméstica. Por lo que se refiere a Rilke, Pimentel nunca aspiró en su poesía a una explicación trascendente de la vida, aunque, a partir de un determinado momento, adoptó una actitud de poeta predestinado que recuerda superficialmente al autor de las *Duineser Elegien*.

Pero, a pesar de su admiración por Jammes, Pimentel nunca escribiría unas *Geórgicas*. Sólo es exacto que su alma estuviera llena de paisaje gallego¹⁴, si llamamos paisaje gallego a su ciudad de Lugo, a las alamedas y plazuelas de su capital de provincia. Ni siquiera es Lugo para Pimentel la capital natural de una comarca rural, agrícola y ganadera, con la triunfante vida de un mercado que espontáneamente ha surgido. El Lugo de Pimentel tiene la vida vencida de una pequeña ciudad provinciana, alejada de los focos centrales de energía; el encanto resignado y vespertino de lo lejanamente periférico, a donde llega amortecida la onda de la sangre que palpita atropelladamente en la gran capital. Rincón triste y apacible, dorado por el sol de las tardes lentas de otoño, en el que el poeta, como una abeja, se ha labrado su celda; como un gusano de seda, se ha tejido su capullo: en la que se encierra, en el que se esconde, para fabricar su miel, para dormir su sueño. Nada más opuesto a este espíritu de morosa delectación en la quieta y apagada gracia de la otoñal hermosura provinciana, que la gama de colores calientes con que Amado Carballo, un verdadero paisajista, que se cartea con Pimentel, describe su Galicia aldeana, centro del mundo, paraíso de la tierra, cosmos autónomo de poesía. La concepción lírica de Amado exige naturalmente el gallego. Una concepción provinciana de la vida en Galicia exige naturalmente el castellano. Pimentel fue lógico al preferirlo para hacer este tipo de poesía, que constituía su más arraigada vocación.

7

Si en Jammes halló Pimentel corroboración y estímulo para su apartamiento de los motivos trepidantes de la vida industrial y acumulativa de las grandes capitales modernas, su delicado intimismo no podía encontrar orientación en el temperamento rústico, en el temple campesino, en la sublime inocencia que abarca gozo y pena, sonrisas y lágrimas en telúrica síntesis vital, que constituye la última esencia del autor de *Les Géorgiques chrétiennes*. Siendo Jammes su gran admiración, el carácter urbano de la poesía de Pimentel exigía otro repertorio de

¹² *El Progreso*, 21 de marzo de 1956.

¹³ Luis Pimentel, *Barco sin luces*, pág. 25.

¹⁴ Cfr. Dámaso Alonso, «Prólogo» a *Barco sin luces*, pág. 6.

materiales, otro arsenal de símbolos. Lo halló en otro poeta francés, que conoció, como a Jammes, en versión española. Otro poeta de motivos provincianos, pero esta vez de motivos urbanos. Fue Jules Laforgue, nacido en el Uruguay, como Jules Supervielle. Cito a este último poeta porque Fernández de la Vega lo propone, con toda verosimilitud, no sólo como inspirador de imágenes y temas de Pimentel, sino incluso como sugeridor del título *Barco sin luces*, a través del de su libro *Bosque sin horas*¹⁵. Pero la influencia de Laforgue, a partir de un determinado momento, borra cualquier otra huella. La gramática laforguiana va a ser la gramática pimenteliana. Es sencillamente asombroso el número de coincidencias de terminología, y, por lo tanto, de vivencias poéticas, que se da entre los dos autores. Su luna de *ballet*, de *Commedia dell'Arte*; sus polichinelas enharinados; sus bailarines pintados; sus pianos lujosos; sus difuntas; sus otoños monótonos, con vientos y lluvias; sus corrededores; sus lámparas; sus domingos; su Pierrot; su cisne; su Leda; sus cenizas; su aburrimiento; sus cuernos de caza; sus pantomimas; sus hisopos; sus mármoles; sus pésames; sus cojines; sus senos; sus caderas; sus tardes; sus camelias; sus escarpines; sus plazuelas; sus salas; sus parejas; sus campanas; sus suburbios; sus pompas fúnebres; sus autopsias; sus curas... Todos estos motivos de la poesía de Pimentel se encuentran en Laforgue. Laforgue es, por lo demás, el único poeta, excepto Rosalía, que aparece taxativamente mencionado en los versos de Pimentel, y no una, sino tres veces, las tres ligado con el motivo provinciano:

*Y Laforgue en triste provincia*¹⁶.

*Laforgue y su luna de provincias*¹⁷.

Lémbrote agora,
probe Laforgue.
Ti fúcheste
*coa túa lúa de provincias*¹⁸.

Y Laforgue —como Rosalía— es el único poeta que constituye tema directo en la poesía de Pimentel. Los poemas de éste «Pantomina» y «Domingo» son expresos homenajes al autor de *Les Complaintes*. No citaré —lo he hecho en otra ocasión— más poemas pimentelianos de la escuela de Laforgue entre los publicados. Quiero sí reforzar la impresión del lector con algunos datos inéditos. Por ejemplo, estos versos que tomo de un texto manuscrito titulado «Dibujos animados»:

En zuecos de madera llega el fagot.

La noche, de rodillas,
sostiene el atril.

Las avenidas se siembran de barina.

Y la flauta se deshace
en pájaros brillantes.

¹⁵ Fernández de la Vega, *Loc. cit.*, págs. 24 y sigs.

¹⁶ «Pantomima», en *Alba*, núm. 11, 1952.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ «Domingo», en *Sombra do aire na herba*, pág. 54.

Con el mismo título hay entre los papeles de Pimentel un esbozo de *ballet* o pantomima para los siguientes personajes: El fagot, El piano, El arpa, La Flauta, La rosa, La luna, La fuente. Se ve que es un proyecto de dramatización del poema a que pertenecen los versos anteriores, escritos sin duda muy a raíz de una lectura de *Les Complaintes*.

La misma explicación tiene otro esbozo. Es el guión de un «ballet-pantomima» titulado *La muerte de Pierrot*, en cuatro escenas, que habría de bailarse sobre música de Chopin, Falla, Sibelius, Debussy y Dukas.

Tan ostensibles huellas de Laforgue parecían indicar una gran frecuentación de su obra. Fue, pues, sin sorpresa, cómo encontré entre los libros de Pimentel *Las Lamentaciones (Les Complaintes)*, versión castellana de R. Lasso de la Vega¹⁹. No hay indicios de que Pimentel conociera ninguna otra obra del autor franco-uruguayo. Cuándo entraron en contacto estas dos sutiles sensibilidades líricas, es cosa que no puedo precisar. Desde luego, Laforgue está presente en los primeros versos de la versión definitiva de *Barco sin luces*:

Ya se marchó el ministro del Señor
—visita de cumplido—
y su bisopo lleno de rutina²⁰;

que no parecen independientes de éste:

*Un hoyo al que rocía con el bisopo un cura viejo que se resfría*²¹.

Jammes, Laforgue. Dos poetas preferidos por Luis Pimentel. Pero con Laforgue, no menos que con Jammes, las diferencias cuentan tanto como las semejanzas. Laforgue, como Rimbaud, es una de las fuentes de lo que se llamaba en otro tiempo «poesía nueva». Ambos representan la disolución del simbolismo. Laforgue juega sarcásticamente con sus motivos románticos, situándose en una posición irónica que irradia una fantasmagórica luz de teatro, a medias poético y a medias grotesco, sobre el mundo enfocado. Pimentel, seriamente sentimental, recoge de los mismos motivos el perfil estético, pero no el movimiento irreal de farsa absurda y paródica.

Es, pues, curioso observar cómo el temperamento sentimental y artístico de Pimentel selecciona sus préstamos de Laforgue. Éste, como otro meteoro poético, Rimbaud, ha de ser interpuesto en un contexto social. La parodia irónica que en brillantes imágenes realiza Laforgue de los motivos decadentes y simbolistas, supone una mixtificación consciente, que pone en evidencia la hipocresía, la insinceridad, la oquedad, en último término la inmoralidad de los valores culturales burgueses manifiestos en la poesía romántica, parnasiana, decadentista y simbolista finisecular. Un refinamiento agónico, desvinculado de todo ideal verdaderamente humano, y puesto en la picota mediante una caricatura lírica que entraña una crítica aguda. Así lo comprendió Eliot, que en *Prufrock* se sirvió del estilo de Laforgue para expresar la miseria y vulgaridad de la vida contemporánea. Laforgue estiliza y analiza el mundo de la estética burguesa, vaciada de idealidad y roída

¹⁹ Biblioteca de autores célebres. Julio Laforgue. *Las lamentaciones (Les complaintes)*. Versión castellana de R. Lasso de la Vega, Editorial América, Martín de los Heros, 88, Madrid.

²⁰ *Barco sin luces*, pág. 13.

²¹ *Las lamentaciones*, pág. 57.

por un sentimiento secreto de culpabilidad que se hace patente en Eliot. En Pimentel no hallamos esa sensación. Su poesía no es crítica de la vida, sino sustituto de la vida. La poesía no es, como en Eliot, un instrumento de purificación de la vida, sino un fin en sí misma, la forma más elevada de vivir.

8

El romanticismo envuelto en un ropaje simbolista, se mantiene conmovedoramente puro en la poesía de Pimentel. Pimentel cree sinceramente en la salvación por la poesía. Cree que la poesía es el gran milagro del mundo. Cree que las cosas santas han de ser tratadas santamente. A cada momento se llama a sí mismo poeta, y con ese título es designado en su eskuela de defunción. La poesía es para él como una religión. El poeta es un ser elegido, que salva al mundo sin ira, sin gritos, con el divino encanto de la lira. Orfeo²².

Así, los funambulescos juegos de motivos macabros de Laforgue se revisten en Pimentel de una estremecida seriedad:

*Tú sabes solamente que volveré
en los ojos de los caballos negros,
Allí estarás entre los cristales ciegos de mi casa
después del último y pequeño paseo.
Tú estarás entre los cristales ciegos de mi casa
para esperar mi última vuelta.
Volveré otra vez por la calle alegre
donde el sol juega en las cornisas.
Pensarás en mis últimos zapatos,
en mi último cigarrillo,
en el reloj que aún le queda sangre
y la lámpara que aún tiene corazón.
Tú sabes solamente que volveré
en los ojos de los caballos negros²³.*

En este entusiasmo por Francis Jammes coincide Pimentel curiosamente con ta»²⁴, Pimentel era un poeta creyente. Aunque leyó tardíamente los *Sonetos a Orfeo*²⁵, y su sencilla emotividad era muy otra cosa que la compleja indagación abisal de Rilke, parecía esperar la *parusía* del dios. Él era su profeta. Ofrecía a las gentes el bautismo de su Jordán, preparándolas para el advenimiento. La vida, Salomé de pies incansables, pidió su amargo don al tiempo que devora a sus criaturas. No pudo entonar el cántico de Simeón. Es el destino de muchos precursores. Desde luego, el de todos los poetas que esperan y anuncian la venida del reino de la poesía, como el poeta de Lugo.

²² "La poesía es el gran milagro del mundo", en *Aturuxo*, núm. 9, Ferrol, 1958.

²³ Autógrafo de Pimentel.

²⁴ "The poetry does not matter", en *Four Quartets: East Coker*, II.

²⁵ Rilke, *Sonetos a Orfeo*, texto alemán y traducción de Carlos Barral, Adonáis, 1954.

De Rilke hay también entre los libros de Pimentel los siguientes:

Las quintaesencias (Jaime Bofill y Ferro), 1941.

Las elegías de Duino (Juan José Domenchina), 1945.

Cartas a un joven poeta, Barcelona, 1949.

A una primera ojeada, que únicamente podría superar un detenido estudio —si es que la superaba y no la confirmaba—, la poesía de Pimentel presenta un aspecto contradictorio que plantea muchos interrogantes. El ámbito geográfico de Pimentel es la provincia; el ámbito sentimental, el romanticismo; el ámbito estilístico, el impresionismo; el ámbito métrico, la arritmia. Todo ello constituye un complejo bastante matizado, tenso, inestable, en el que se mezclan elementos arcaicos y actuales. Por una parte, Pimentel parece haberse formado sobre los simbolistas más conservadores, más románticos —Jammes era su poeta predilecto—. Pero la imagen en Pimentel, aunque siempre al servicio de movimientos afectivos, muestra una osadía, una libertad, una alacridad que lo aproximan a los simbolistas más avanzados. Así ocurre, por ejemplo, en el poema «Sala de visita», donde la cotidianidad a lo Jammes está revestida por una fantasía a lo Laforgue.

De Laforgue, cuya «Lamentación de la luna en provincia» es evocada en dos poemas de Pimentel, «Pantomima» y «Domingo», recibió nuestro poeta confirmación de su gusto romántico y finisecular por el motivo provinciano a lo Jammes o a lo Rodenbach, más próximo al primero por su tono de deseada ingenuidad, al segundo por su adscripción a los motivos urbanos; pero transformándose todo, al contacto del autor de *Les Complaintes*, por lo que toca a la potencia imaginativa, en una suntuosa fantasmagoría iluminada por una luna de escenografía italiana bajo la que, mecido por oboes y fagots, el espectro blanco de la «Lamentación de Lord Pierrot» se desliza en una danza ligeramente macabra. La provincia aparece insistentemente mencionada —«Pantomima», «Domingo», «El amigo»—. Pimentel llegó a proyectar y escribir en parte una serie de *Poemas de provincia*, de los cuales el primero, muy laforguiano, se titula «La profesora de piano». Dentro de la misma línea está su poema «Lugo», donde viste a su ciudad natal con las galas de fríos colores de los rincones lejanos. Pero aún en otros muchos casos, sus domingos vacíos, sus crepúsculos melancólicos, sus alamedas solitarias, sus interiores alhajados de lacas y nácares, consolas y pianos, rezuman provincia por todos sus poros.

El encanto de los interiores tapizados de táctitos terciopelos, estudios, alcobas, oratorios o gabinetes, refugios herméticos para los ritos del arte, el amor, la plegaria o el coloquio, nos sugieren un Huysmans evasivo, espiritual orquestador de la recatada molicie burguesa. Pero en Pimentel no falta la crispación ante la ferocidad del hombre lobo, cuyo aullido salvaje se filtra por las paredes de su eremitorio. Caben así versiones contradictorias de la poesía de Pimentel. Y si la fosforescencia de sus metáforas de fiesta veneciana puede inducirnos a ver en él una sensibilidad epidérmica sólo atenta al puro escalofrío estético, su estremecimiento ante Dios y la muerte, de resonancias no muy profundas, pero de alta frecuencia, que procede por súbitas descargas llenas de chispazos nerviosos, nos lo aproximan al umbral de lo metaempírico.

Tampoco existe obvia concordancia entre el doliente tono de sencilla emotividad que Pimentel buscaba como supremo logro, y el radical versolibrismo de la forma. Pimentel hablaba del ritmo y música de sus versos. Para probar que no existen, basta observar que muchos han sido objeto de traducciones al gallego puramente mecánicas, palabra por palabra, sin que nadie haya llamado la atención sobre la rotura de la armonía. Es que no la hay, a no ser que hablemos en sentido figurado. Los versos, cuando no se distribuyen arbitrariamente, se agrupan por unidades lógicas o sintácticas, o bien por grupos fónicos, cortados por las pausas de la

respiración. Pimentel, que nunca fue un hombre de letras profesional, hubiera tropezado fuertemente con la resistencia de las formas duras si hubiera intentado dominarlas. A su imaginación intuitiva y a su pereza técnica se le presentó la forma libre como la forma natural de expresión de su poesía impresionista.

Pimentel, a pesar de que a veces acusa huellas muy hondas de sus poetas favoritos, alcanzó verdadera originalidad esencial en el conjunto de su obra. Los ingredientes que manejó son de filiación muy diversa, y proceden a menudo de polos opuestos. Pimentel no los elaboró reflexivamente para fundirlos en una síntesis superior. Los usó en su estado de materia prima, combinándolos físicamente, pero sin intentar ninguna transubstanciación. Así, aquellos elementos se pueden separar por medios mecánicos y agrupar según sus opuestos signos en cualquier ordenación bipartita. Pero a pesar de ello, Pimentel es un poeta singular. Su atmósfera, su timbre, son suyos. El metal de voz de Pimentel, tan distinto de todos los que suenan hoy en el ámbito peninsular, es en última instancia personal, aunque el análisis de su composición nos revele oposiciones de contrarios no enteramente superadas ²⁶.

RICARDO CARBALLO CALERO
Universidad de Santiago

²⁶ He utilizado y refundido en este artículo otros anteriores consagrados por mí a Pimentel, que puede consultar el que desee más información. Fueron publicados en *Faro de Vigo*, *El Progreso*, *Vida Gallega* y *Aturuxo*, diarios y revistas gallegas a cuyas colecciones remito al curioso lector. Los poemas mencionados pertenecen unas veces a los libros impresos y otras veces al material inédito.